

Raíces históricas de la toma de posición fatalista en la nueva novela policíaca colombiana

Luz Mireya Romero Montaña*

- I . Fatalismo
- II . Violencia
- III . Economía dependiente
- IV . Narcotráfico

“El triunfo del bien sobre el mal”; esta es la síntesis del género policíaco tradicional. Sin embargo, la novelística colombiana de las últimas décadas plantea premisas totalmente diferentes. La ‘nueva novela policíaca’ colombiana es una tendencia literaria que ha subvertido las características esenciales del género; una de sus particularidades más sobresalientes es la toma de posición fatalista de algunas novelas. Las circunstancias socio-históricas que han dado origen tanto a la ‘nueva novela policíaca’ como a la toma de posición fatalista son: el catolicismo, la violencia, la dependencia económica y el narcotráfico.

En términos generales, las diferencias entre la ‘novela policíaca tradicional’ y la ‘nueva novela policíaca’ pueden explicarse al considerar los referentes histórico-sociales que las originan. En cuanto a la ‘novela policíaca tradicional’, esta plantea una visión optimista de la naciente sociedad moderna y legitima tanto los valores como las instituciones democrático-burguesas que han conquistado el poder en los países donde surgió (Colmeiro 1994; Resina 1997; Poppel 2002). Posteriormente, el

* 루스 미레야 로메로 몬타뇨(University of Ulsan, Spanish Department, luz628@gmail.com), “콜롬비아 신(新)탐정소설에 나타난宿命론적 태도의 역사적 기원”.

desarrollo de los medios de comunicación y de la sociedad de masas ha propagado la expresión del género policíaco tradicional a nivel audiovisual; son innumerables las series de televisión, películas y *shows* que presentan tramas policíacas en las cuales el orden es restaurado a través de la explicación racional de los crímenes y del castigo a los delincuentes. A nivel nacional, Colombia no cuenta con un *corpus* cuantitativo de ejemplares literarios -o audiovisuales- de 'novela policíaca tradicional' que pueda equiparse al amplio *corpus* de los países fundadores del género.

De otro lado, la 'nueva novela policíaca' es una producción cultural que surge como respuesta a realidades sociales en las cuales los valores y las instituciones democrático-burguesas son cuestionados. Esta novelística evidencia los momentos de crisis del capitalismo, cuando predomina el pesimismo, el desencanto y la crítica a los estados-naciones incapaces de regular la sociedad, puesto que el crimen y la impunidad lograron integrarse sin dificultad en la normalidad social. En estas circunstancias, los héroes novelescos no pueden aspirar a la ejecución de acciones emancipadoras, sus roles fluctúan entre la impotencia y la mediana realización de sus objetivos individuales. Igualmente, esta novelística plantea las debilidades de la ley, la justicia, la seguridad y los sistemas políticos. En el caso colombiano, la 'nueva novela policíaca' es la victoria de una lucha interna entre un modelo clásico y un modelo emergente en el campo literario; esta lucha se apoya en un marco sociohistórico, el cual propicia las condiciones para el surgimiento de una 'nueva novela policíaca'.

La novela policíaca en Colombia no ha tenido los mismos precedentes de las novelas policíacas tradicionales. Esta tiene su epicentro en la incapacidad del sistema político para ganar la confianza de todos los sectores de la población y para garantizar un orden social conforme a los ideales de los estados-naciones modernos.

Para asegurar la existencia de un orden social mínimo, todo estado-nación concentra el poder en el gobierno. Sin embargo, en Colombia, el poder está repartido entre grupos armados, oligarquías políticas y narcotraficantes; en consecuencia, la violencia, la criminalidad y la búsqueda de los intereses particulares distancian a la población de la

credibilidad en las instituciones encargadas de estabilizar el orden y de proporcionar seguridad y justicia. Junto a ello, el conservadurismo extendido de la iglesia católica ha generalizado el fatalismo como una visión de mundo que lleva a la población a adoptar conductas pasivas frente a la división de poderes y a la perpetuación de la criminalidad en todas las capas sociales.

La novela policiaca colombiana, especialmente las obras producidas durante las últimas décadas, no reivindican los valores de la modernidad, por el contrario, evidencian:

- Cuestionamiento al individualismo ilustrado.
- Relativización de los valores del héroe.
- Desconfianza en la ley, en la justicia oficial y sus instituciones.
- Héroes marginados, perdedores o delincuentes.
- Desencasillamiento de personajes prototípicos.
- Violencia despiadada.
- El crimen y su continuidad como parte de la organización social.
- Visión de la justicia como individual, no social.
- Empleo de métodos no racionales para resolver el enigma.
- Crímenes vengados y no castigados por instituciones estatales

Estas características compositivas pueden encontrarse en novelas como *Muriel, mi amor* (1991) de Alberto Duque López, *El Capítulo de Ferneli* (1992) de Hugo Chaparro Valderrama, *Los Ojos del Basilisco* (1992) de Germán Espinosa, *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Perder es cuestión de método* (1997) de Santiago Gamboa, *La Modelo Asesinada* (1999) de Óscar Collazos, *Satanás* (2002), entre otras.

Uno de los casos más relevantes es *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo. Los acontecimientos dejan ver que la ley no es establecida por las instituciones de un estado-nación, sino por una sociedad que tiene como base la miseria. Los personajes se han acostumbrado a una cadena diaria de asesinatos, bien como testigos impotentes o como

ejecutores. Fernando, el protagonista, es un gramático homosexual que vive rodeado de violencia; para él, la sociedad está hundida en una red criminal que atraviesa todas las capas sociales. La toma de posición del protagonista ante la realidad es fatalista, tanto en su conducta como en sus afirmaciones: “Así es la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos, amén” (8), “un día, cuando más lo quería, cuando menos lo esperaba, lo mataron, como a todos nos van a matar. Vamos para el mismo hueco de cenizas, en los mismos Campos de Paz” (11). El fatalismo le facilita a Fernando su adaptación a la vida de Medellín y le permite sobrellevar su impotencia. En la novela, no hay propiamente una investigación de crímenes, solamente la sucesión de asesinatos, incluidos los de los amantes de Fernando. Sin duda, el protagonista es el tipo de héroe marginado que personifica la incredulidad en un orden social, éste le parece imposible. Los programas narrativos de la novela se resumen en la continuidad de crímenes que llevan al protagonista a refugiarse en una posición fatalista.

Otra novela ejemplar es *Perder es cuestión de método* (1997) de Santiago Gamboa. Víctor es un periodista que para escribir la noticia de un crimen termina ejerciendo el rol de detective. Sus indagaciones, a pesar de ser acertadas, no son tenidas en cuenta por las autoridades para juzgar a los delincuentes. Aunque el crimen se resuelve, la sociedad mantiene la corrupción inicial; los delincuentes son exonerados y puestos en libertad. Evidentemente, el programa narrativo de la novela plantea que la razón, pilar de la modernidad, también es efectiva para resquebrajar a las sociedades.

Sin embargo, ¿cuáles son las circunstancias que favorecen la preferencia por una ‘nueva novela policíaca’ en Colombia? Básicamente, se trata de cuatro grandes causas socio-históricas: la visión de mundo fatalista, la violencia, la dependencia económica y el narcotráfico en el país.

I . Fatalismo

En principio, en el fatalismo el destino y todo lo que ocurre es ineluctable, inevitable; no hay ciencia ni arte que pueda impedir el curso de los acontecimientos. La corriente más común del fatalismo es la teológica, según la cual todo hecho tiene origen en un ser superior, sobrenatural y universal, quien dispone cómo ocurren los sucesos y conoce el porvenir de cada individuo; puede ser un dios o la naturaleza sin fuerzas opositoras a la realización de sus acciones (Sainz de Robles 1972, 502). Lo fatalista suele ser reemplazado por el razonamiento moderno.

Una de las definiciones más elaboradas sobre el fatalismo en Latinoamérica es la que ofrece Ignacio Martín Baró (1999). Para este autor, el fatalismo constituye una forma de conformismo masivo extendida en poblaciones marginadas. La posición fatalista puede ser comprendida a partir de tres factores: un marco cognitivo, un marco afectivo y un marco referido al comportamiento. El marco cognitivo se configura a partir de creencias; en las creencias fatalistas la vida de cada quien tiene un destino predefinido e inmodificable, no existen acciones ni hechos capaces de modificarlo pues existen fuerzas superiores a la voluntad humana que deciden el devenir de cada persona. En el caso Latinoamericano, Dios, como un ser lejano y todopoderoso, es quien decide el destino de los seres humanos.

En el marco afectivo se concentran los sentimientos fatalistas, o sea la resignación y aceptación de lo predestinado, y la consecuente insensibilidad frente a los hechos de la vida; de allí que toda forma de violencia o crimen sea aceptada como parte de un destino prefigurado el cual, aunque doloroso, no puede evitarse.

En el marco de comportamientos fatalistas, prevalecen el conformismo y la actuación sumisa frente a las exigencias de los sectores dominantes. La sumisión desemboca en la incapacidad de subvertir la organización social, pues para el fatalista toda iniciativa de cambio es insignificante porque el destino “ya está escrito.” En consecuencia, resulta la despreocupación por el

pasado o el futuro, es decir, la negación del ser como ente capaz de hacer propia historia.

Según Martín Baró, el elemento histórico que ha permitido la extensión y prolongación del fatalismo en Latinoamérica es la religión católica. En primer lugar, la creencia en la existencia de un dios todopoderoso que decide la vida de cada persona, es el argumento que da explicación incluso a los hechos más funestos de la vida: “ocurre porque es la voluntad de Dios”; este es el recurso más sencillo para sobrellevar y aceptar sin revelarse las situaciones de desventaja y opresión, ya que las personas, al sentirse impotentes para controlar su vida y su sociedad, remiten a Dios su dependencia existencial y obtienen una explicación satisfactoria que justifica incluso los abusos cometidos por otros.

Las tendencias (conservadoras o subversivas) que ha adoptado la religión católica, han contribuido a favorecer o a desestabilizar el fatalismo en Latinoamérica. En la historia colombiana han existido tanto tendencias conservadoras de la Iglesia como tendencias subversivas, por ejemplo la Teología de la Liberación; sin embargo la influencia de las dos tendencias en la población no es homogénea, es decir que no pueden compararse los esfuerzos de unas décadas y de unos pocos miembros de la “Teología de la Liberación” con el predominio de siglos y de una gran mayoría de miembros de la iglesia católica con tendencias conservadoras.

Los países latinoamericanos son mayoritariamente católicos, dada la imposición de la religión católica desde la Conquista de América. Gracias a las campañas de evangelización, la iglesia católica ha logrado convertirse en una fuerza social capaz de movilizar la voluntad de los fieles, cuyo número le permite una participación no solamente social sino también política. El poder de la Iglesia, entonces, se legitima en el número de fieles, en organizaciones y en representaciones mentales. La cantidad de católicos facilita la interlocución de la Iglesia con los gobiernos y las alianzas con las clases dominantes. Las organizaciones de la Iglesia llegan a todo tipo de sectores sociales; las representaciones mentales de los fieles católicos conciben a la religión como la explicación de los acontecimientos más significativos, por ello son utilizadas para legitimar acciones políticas,

especialmente a través de símbolos religiosos. El número de fieles hace de la iglesia católica una institución de gran valor en el marco político nacional. La primera iglesia en el territorio colombiano fue fundada en 1510 debido al fuerte proceso conquistador y evangelizador realizado en América. Ya en 1564, Santafé es la cuarta sede metropolitana de América con una arquidiócesis regente; lo cual ratifica la imagen de la época, al consolidar la unidad de la metrópoli con la unidad de creencias religiosas. Hasta la Independencia, la iglesia católica estaba sometida a la monarquía española; después de la Independencia, la Iglesia se erige como un poder casi paralelo al poder gubernamental por ser la religión proclamada por los fundadores de la nacionalidad, tal como se registró en los documentos constitucionales desde 1811 hasta 1991, cuando se decretó la libertad de cultos en Colombia.

En los comienzos de la década de los 70 del siglo XIX, el papel de la Iglesia es motivo de graves conflictos entre los partidos políticos. Durante la Regeneración (1878-1898) –proyecto político para consolidar la unidad nacional- se estrecharon los lazos entre la iglesia católica y el Estado en lo tocante a educación y censura de libros. Después de la Constitución de 1886, fue establecido un concordato en 1887 entre la Santa Sede y la República de Colombia, en el que la iglesia católica tenía total libertad para desarrollar su doctrina, adquirir, poseer y administrar libremente bienes, y para recuperar los bienes enajenados durante el gobierno de Tomas Cipriano de Mosquera; además, se manifestó el reconocimiento de Gregorio XVI a la Independencia Nacional y se proclamó la religión católica como la religión de Colombia. Por tanto, las autoridades se comprometieron a proteger el culto católico, la educación se orientó bajo lineamientos católicos y el matrimonio católico fue aceptado como acto civil legal. En 1953, el gobierno firma un convenio para conceder beneficios territoriales y monetarios a la Iglesia. El concordato de 1973 acentúa cláusulas en cuanto al reconocimiento de actos religiosos como actos civiles (matrimonio, bautizo); además, da autonomía a las instituciones religiosas. Se establece que la religión católica no es la oficial, pero sí es la de la mayoría de los colombianos, las jurisdicciones a cargo de la iglesia pasan a manos del gobierno, la Iglesia no interviene como censor de textos y sólo dirige sus propias instituciones, aunque éstas

también deben seguir los parámetros del gobierno. La reforma constitucional de 1991 se caracterizó por la abolición de tales convenios al decretar la libertad de cultos, rechazar la 'religión oficial', aceptar el matrimonio civil, desligar la educación del paradigma religioso, etc.

Con la reforma del 1991, se intensifica la diversidad religiosa. Llegan al país representantes de sociedades bíblicas. En 1998 hay 81 grupos religiosos, de los cuales 63 son protestantes y 18 pertenecen a otras confesiones; entre 1995 y 1999 han sido expedidas por el gobierno 672 personerías jurídicas a entidades religiosas (Arboleda, 2006).

En las últimas décadas ha disminuido la aceptación total del catolicismo; las nuevas generaciones han optado por matrimonios civiles en lugar de matrimonios católicos; asimismo, ha aumentado el desinterés por la continuidad de los sacramentos. Sin embargo, es gracias al considerable número de fieles que la iglesia católica logró una historia ligada a los procesos políticos nacionales. Se consolidó no sólo como institución ideológica sino como institución política indirecta al llevar a las mayorías creyentes a los intereses de las minorías dominantes.

De igual manera, la cantidad de instituciones de carácter social y administrativo de la iglesia católica la convierten en una poderosa estructura social capaz de penetrar e influir en todas las clases sociales, a partir de los intereses y necesidades particulares de dichas clases: hambre (más de 1.100 instituciones de caridad), educación (más de 3.500 instituciones educativas), orientación espiritual-familiar-ética, vivienda, mediación en conflictos y diálogos de paz, orientación política, etc.

No cabe duda del influjo de la iglesia en el panorama político y social del país. Pero ello no sería posible si no existieran las representaciones mentales que la misma Iglesia ha creado para mantener la fe de sus creyentes. El catolicismo ha dado sentido a la vida de la mayoría de los colombianos, pero también ha ejercido un control social en la vida y los comportamientos de los fieles. Un claro ejemplo de este fenómeno es el discurso de Laureano Gómez (líder del partido conservador en 1940), en el cual arremete contra el partido liberal por la 'profanación de bienes espirituales', como explica Camilo García (2006). Los 'bienes espirituales', naturalmente católicos, que

‘profanaron’ los liberales constituyeron un verdadero reto político. Las reformas del partido liberal implicaron un cambio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado; en primer lugar, la modificación -en 1942- del concordato de 1887 y, en segundo lugar, la sustitución del encabezado que apelaba al nombre de Dios en la Constitución. Estos hechos, fueron motivación suficiente para el comienzo de una arremetida violenta desatada por los gobiernos conservadores en el período de 1946 a 1953 contra el partido liberal y así, a través del uso de una representación metal, evitar que volvieran a gobernar el país.

Lo anterior pone en evidencia el vínculo entre la iglesia católica y los gobiernos conservadores, quienes no escatimaron esfuerzos para la persecución armada o ideológica de los liberales a quienes se les calificaba como masones, ateos, protestantes, enemigos de Dios, luciferanos, etc, y quienes tampoco rechazaron el camino de las armas para defenderse. Además, es necesario recordar que la iglesia católica fue incluida en el programa de gobierno de Laureano Gómez, cuando éste llega a la presidencia en 1950, victoria electoral que se da gracias a que el partido liberal no presentó candidatos presidenciales.

Los argumentos de tipo religioso eran totalmente válidos en aquella sociedad colombiana de mediados del siglo XX debido a que la gran mayoría de los colombianos eran católicos; por tanto, no era descabellado utilizar el imaginario simbólico y religioso para mover las voluntades políticas. Actualmente, independientemente de la filiación política, los diferentes miembros de los partidos siguen amparándose en los símbolos católicos para legitimar sus acciones y los miembros de la iglesia continúan sugiriendo a los feligreses la aceptación o inaceptación de las actuaciones políticas.

Según Martín Baró (1999), las dos tendencias de la religión católica – subversiva y conservadora- pueden mezclarse, pero se hacen más evidentes en períodos de conflicto.

La religión subversiva participa de la vida social al cuestionar el ordenamiento sociopolítico que involucre la violación de los derechos humanos; Dios, como ser supremo, es un ser accesible que actúa a través de

los seres humanos; en este sentido, todo cambio histórico y social depende de las voluntades y acciones humanas y no de voluntades ni acciones divinas.

En Colombia, la religión subversiva se ha centrado principalmente en dos corrientes inspiradas en la “Teología de la Liberación”: el fenómeno ‘Camilo Torres’, en primer lugar, y en segundo lugar, la continuación de sus ideas por el grupo Golconda. El movimiento de la ‘Teología de la Liberación’ tuvo un auge bastante inferior si se compara con el predominio a través de los siglos que ha tenido la tendencia conservadora en el país; por tanto es más probable que la extensión del fatalismo promovido por la tendencia conservadora se de a gran escala.

El principal representante de la “Teología de la Liberación” en Colombia, fue el sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo, quien buscó que se produjera en el país un cambio sustantivo en la tenencia de la tierra, la participación democrática de los grupos de opinión silenciados y que la fuerza pública tuviera una función diferente de la de proteger intereses privados. Así, llegó a la propuesta de la revolución social, pues la entendía como el camino hacia la consecución de los fines de beneficio general. En concordancia con sus ideas y después de haber constatado la imposibilidad de la revolución pacífica, Camilo Torres optó por la vía de las armas incorporándose al Ejército de Liberación Nacional (ELN). Murió en combate con el ejército el 15 de febrero de 1966, a los treinta y siete años de edad.

La acción de Camilo Torres tuvo resonancia en la iglesia católica y como resultado concreto surgió el grupo Golconda. Esta agrupación tuvo dos motivaciones básicas; la primera fue la obra del cura Camilo Torres y la segunda fueron las conclusiones del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) de 1968. Para el grupo, la cristiandad debía tomar la forma de revolución en el contexto colombiano; ante este planteamiento básico la jerarquía eclesiástica se veía imposibilitada para pronunciarse, ya que cualquier inconformidad equivaldría a oponerse a las conclusiones del episcopado latinoamericano. La simpatía al grupo fue manifestada solamente por el obispo Guillermo Valencia Cano, quien falleció en un

accidente aéreo y cuya muerte representó la sustracción del apoyo de un miembro de la jerarquía eclesiástica a quienes ejercían activamente la “Teología de la Liberación”. Naturalmente, la oligarquía rechazó las posturas del grupo Golconda por haber puesto en evidencia la desigualdad de los privilegios y argumentó que el grupo era incitador de la violencia con la torpe asociación entre revolución y violencia. El proceso revolucionario de Golconda tenía como primera instancia actuar en la base de la población marginada, campesinos y obreros, a través de la inserción y la concientización de los problemas axiales dentro de las poblaciones más afectadas. Al parecer varios de sus miembros fueron encarcelados antes del tercer año de la existencia del grupo. Este hecho confirma que la historia del grupo, como la de los simpatizantes, ha pasado al olvido y ha puesto en evidencia la solidez de la tendencia conservadora de la iglesia católica en Colombia, y con ello la prolongación del fatalismo.

De otro lado, según Martín Baró, la religión del orden es conservadora e individualista, pues no cuestiona ningún orden social; la preocupación por la salvación es una tarea individual. Las penas y los sufrimientos tienen compensaciones espirituales y metas históricas individuales; el pecado es individual, jamás es social; Dios es lejano y sólo se llega a él a través de las instituciones y personalidades mediadoras. Las consecuencias políticas de tales representaciones mentales llevan a la idea de que el ordenamiento económico, político y social, son asuntos profanos, separados de la religión, por eso no es necesario intervenir, más bien, adoptar una actitud pasiva frente al orden político y respetar y colaborar con las autoridades políticas y sociales. Así, “desde una perspectiva psicosocial, los efectos políticos de la religiosidad del orden pueden sintetizarse en dos: a) el apartamiento de los fieles de la confrontación sociopolítica y b) la legitimación religiosa, directa o indirecta, de los regímenes conservadores” (Baró 1990, 29). Estos principios conducen a reforzar el fatalismo, pues, en la religión del orden, en la cual también se incluyen La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, Los Testigos de Jehová y los grupos pentecostales y carismáticos, Dios es quien interviene en la vida de los hombres para establecer su reino definitivo, por ello es necesario que los fieles cumplan

estrictamente los mandatos divinos porque no hay salvaciones históricas, ni voluntades humanas capaces de cambiar los designios de Dios. En ese sentido, “el fatalismo es un elemento incorporado a la religiosidad popular, por la necesidad de dar sentido a una situación histórica inamovible: el universo simbólico del campesino salvadoreño (o colombiano) asumía que el orden establecido era un orden natural y, por consiguiente querido por Dios” (Baró 1990, 38).

Los ejemplos del ejercicio de la religión del orden en Colombia son innumerables, incluso al considerarlos diacrónicamente; es justamente esa cantidad la que permite asegurar el predominio de la religión del orden y el fatalismo como visión de mundo.

La visión de mundo fatalista, fuertemente impulsada por la iglesia católica de tendencia conservadora, no solamente está documentada en el Catecismo, también queda documentada en las voces de los creyentes, de los representantes de la Iglesia, del ejército y de los productores culturales. Un ejemplo de la incursión del fatalismo en la vida nacional es este breve fragmento del Código de Honor del Ejército Nacional de Colombia: “Combatiré con valor, coraje y ánimo sereno, y sin esperar más recompensa que la de saber que **cumplo la voluntad de Dios**, lograr la grandeza de mi Patria y la gloria de mi Ejército”, así los ánimos de lucha se esconden en la idea de ‘cumplir con la voluntad de Dios’. Tal presupuesto implica el fácil saneamiento de la conciencia por las bajas ocasionadas en el campo de batalla y la evasión de toda responsabilidad moral individual.

En un país como Colombia, donde la mayoría de la población es católica, donde la iglesia católica ha sido parte importante dentro del panorama de la historia política nacional, donde la escolarización y organización comunitaria estuvo a cargo de instituciones religiosas, no se puede negar el influjo de un discurso que promueve, como se ha visto, una opción fatalista. En segundo lugar, Colombia ha vivido situaciones de violencia por períodos de tiempo bastante largos; tales situaciones han tocado la mayoría de los sectores de la población, especialmente la población campesina, la más influida por la religión. El fatalismo resulta ser la opción más sencilla para afrontar los problemas más difíciles. El consuelo de una vida eterna y feliz

después de la muerte y de la justicia a manos de Dios, con la mediación de algunos santos y vírgenes, refuerza el conformismo y la pasividad para generar y promover acciones de cambio histórico. Con el fatalismo, el hombre es incapaz de hacer su propia historia, pues ésta está en manos de Dios. El papel que la iglesia católica, junto con otras formas de religiosidad, ha jugado en Colombia, ha sido determinante para configurar una visión de mundo fatalista. Los vaivenes de la historia nacional, cargados de violencia y desencanto de toda posibilidad emancipatoria, han sido asimilados por la mayoría de la población gracias a la adopción de una posición fatalista, cuyos cimientos se sostienen en el aspecto religioso; por esta razón, la opción fatalista, como una visión de mundo premoderna, subsiste en Colombia y es planteada en algunas producciones culturales nacionales.

II. Violencia

Un segundo aspecto que puede considerarse como raíz de la ‘nueva novela policíaca’ es el expediente de violencia, conductas criminales y genocidios, a lo largo de la historia nacional. La larga lista de hechos de violencia e impunidad que registra Colombia, ponen en evidencia la debilidad del Estado para controlar el crimen. Ello incrementa la desconfianza de los ciudadanos en la eficacia de las instituciones encargadas de mantener un orden social seguro. Si los ciudadanos de un estado-nación como Colombia no dan la suficiente credibilidad a su aparato político, de justicia y de seguridad interior, lo más probable es que las producciones culturales nacionales tiendan a patentizar la ineficacia y el malestar de su estado-nación.

La debilidad estatal promueve conductas de malestar social. En Colombia, tiene diversas causas: dependencia económica de otras naciones y de los organismos de crédito internacionales que le trazan su política interna y externa; dos partidos tradicionales; un bajo nivel educativo de la población que la aísla de las decisiones nacionales (en general, la población no se manifiesta por el voto, pues el promedio de abstención en el país es altísimo,

alrededor del 60%); la debilidad del aparato judicial y de los órganos de control del estado, lo cual conduce a altos índices de impunidad; el tráfico de armas; la existencia de territorios donde la ausencia del gobierno ha sido llenada por otros actores, que intervienen en las economías locales y disgregan las comunidades, como ha ocurrido en muchas poblaciones indígenas; la ausencia de un proyecto nacional que permita incorporar a él los sectores descontentos y la insurgencia; el surgimiento de una escala de valores basada en el dinero fácil como resultado del narcotráfico; la existencia de grupos guerrilleros sin programas ideológicos ni políticos; y la proliferación de grupos paramilitares, que desde 1982 han desencadenado nuevos episodios de violencia y dado origen al ‘narcoparamilitarismo’ y a la ‘parapolítica’.

Otro factor determinante de la debilidad de Estado colombiano es la falta de un ordenamiento territorial que posibilite la satisfacción de las necesidades sociales, pues no se ha logrado articular la tríada territorio-gobierno-cultura. La organización territorial de Colombia fue producto del feudalismo y del caudillismo del siglo XIX; la división política del territorio pasó por encima de las comunidades y de sus culturas: la indígena, la costeña, la paisa, etc. Los conflictos políticos armados también han producido desplazamientos internos de diversa índole, destruido comunidades, geografías de producción y acabado con muchas vidas. En suma: “A través de la historia se puede comprobar que en Colombia la principal motivación de la delimitación y creación de entidades territoriales es consolidar poderes políticos personalizados o clientelistas, basados en la lucha por la repartición de los recursos y las prebendas estatales” (Borja 2005, 71).

En este orden de ideas, la anomia social nacional es profunda, forma en los ciudadanos la idea de un Estado aislado de las necesidades de las comunidades e incapaz de afrontar la integración y defensa de sus asociados, y de una sociedad que ha generado las condiciones propicias para el crimen sin mecanismos de autoregulación.

Emile Durkheim interpretó el aumento de la criminalidad y lo vinculó con un estado de anomia social. Para él la anomia significa un estado de

“confusión ideológica en la organización social, donde resulta imposible que el individuo se reconozca en el contenido de la norma” (Pitch 1980, 42). Una sociedad donde sus individuos no se identifican con un proyecto nacional, produce diversas clases de conductas desviantes, cuyas manifestaciones más protuberantes son los crímenes. El equilibrio social es, de esta manera, inexistente y la comunidad no se autorregula, pues no existe un consenso general ni valores que respalden con convicción las acciones estatales o gubernamentales. Estos factores conllevan a la generación de varias clases de justicia, correspondientes a los diversos intereses particulares. Así, la conducta criminal puede propiciarse en una sociedad y ser aprehendida culturalmente, debido al debilitamiento de la conciencia colectiva, y llegar a ser vista como una conducta normal de la misma sociedad.

La incapacidad del estado colombiano para mantener el orden social ideal de todo estado-nación frente a fenómenos como el narcotráfico, la guerrilla, la delincuencia organizada e individual y la corrupción política ha generado en la mayoría de los colombianos un estado de indefensión e impotencia y una familiarización con diversas clases de violencia; toleradas familiar y socialmente, cuando no propuestas como modelos de conducta ante la falta de oportunidades reales de desarrollo personal y social. De modo que el Estado por ser pasivo, por tener una institucionalización carente de legitimidad, permite que otros grupos organizados se apropien de las funciones estatales y generen múltiples estructuras de legalidad y de justicia que obviamente da lugar a diversas formas de violencia organizada.

La debilidad del Estado colombiano no solamente tiene sus raíces en los dos partidos tradicionales de Colombia, el conservador y el liberal, también han de contarse otros grupos organizados que asumen para sus intereses particulares funciones inherentes al Estado: seguridad, justicia y administración de formas de violencia. El conjunto de estos grupos ha utilizado a grandes sectores de la población para defender sus fines políticos y económicos, sin mayor preocupación ética. Por ejemplo, en el episodio de violencia de mediados del siglo XX la orientación ‘ideológica’ fue ejercida por las clases dirijentes y el cuerpo armado fue integrado por campesinos,

en las últimas décadas del siglo XX, la orientación 'ideológica' fue ejercida por terratenientes y narcotraficantes, el cuerpo armado fue integrado especialmente por personas sin posibilidades de acceso a otras formas de sustento económico: campesinos y jóvenes habitantes de las áreas urbanas marginadas.

El último actor armado por las clases dirigentes es el paramilitarismo junto con sus expresiones subsecuentes: el narcoparamilitarismo como brazo armado de la narcoburguesía y la parapolítica como resultado de la complicidad entre personajes políticos y paramilitares.¹⁾ El movimiento paramilitar se ha encargado de eliminar violentamente cualquier posibilidad de expresión política diferente a la de los partidos tradicionales. El paramilitarismo es un contrapoder armado creado contra la guerrilla, el cual ha terminado por extenderse a diversos órdenes de la vida de las comunidades y ha caído en excesos de crueldad y violencia, sólo comparables con las peores expresiones de la humanidad en la violación de los derechos humanos; su ejercicio se ha extendido por todo el tejido social y actualmente hace presencia en muchos centros urbanos de Colombia. En general, los más afectados con el paramilitarismo han sido las organizaciones sindicales, campesinas, populares y los movimientos políticos de izquierda (Gallego 1990, 15).

A lo anterior se suma el hecho de que la violencia tiene en la impunidad uno de sus mayores propulsores. En realidad, cuando el asociado a un Estado es consciente de la manera como muchos crímenes quedan sin castigo, o cuando se aplica una justicia discriminatoria, tanto la posibilidad de la ocurrencia de actos delictivos como la decepción ante los sistemas judiciales, aumenta. Según Rodrigo Uprimny, con base en datos del Centro de Investigación SER, (1997, 77), a finales de los ochenta, solamente el 20% de los crímenes era denunciado y de ese 20% tan solo el 4% era sentenciado.

¹⁾ Entiendase por 'narcoparamilitarismo' como el movimiento paramilitar al servicio del narcotráfico y subvencionado por éste, por 'narcoburguesía' como una clase social burguesa cuyo patrimonio acumulado proviene de actividades de narcotráfico y por 'parapolítica' como los acuerdos políticos realizados en secreto entre paramilitares y políticos que ponen en riesgo la seguridad nacional.

El autor afirma que situaciones similares se dan en la justicia civil y laboral. De esta manera, se configura un cuadro de impunidad cuyas causas estriban en la desconfianza hacia la justicia, la falta de recursos para iniciar los procesos e iniciativa individual para enfrentar casos como el de la violencia intrafamiliar. De otro lado, la coacción de la delincuencia común pesa bastante en la ausencia de denuncia.

Las circunstancias expuestas anteriormente dejan entrever un panorama poco optimista para dar credibilidad a las instituciones del Estado. En ese sentido, el pesimismo ante el Estado Colombiano incrementa y, naturalmente, está cuantiosamente tematizado en las producciones culturales, dentro de las que se incluyen las obras literarias.

III. Economía dependiente

Según Alain Touraine, “una sociedad dependiente es aquella en la que el desarrollo —es decir el paso de un tipo de sociedad a otro y en particular de un modo de producción principal a otro— es dirigido directamente o indirectamente por una burguesía extranjera” (1976, 78). Para este autor, las sociedades económicamente dependientes no tienen una correspondencia directa entre clases sociales y sistema económico. Por tanto, para estudiar las sociedades dependientes, es necesario preguntarse por los efectos políticos y sociales de la dependencia económica. Así, en términos sociológicos, lo que define a las sociedades dependientes es la desarticulación de las relaciones económicas y de las relaciones sociales, de modo que el funcionamiento del sistema económico se centra en el exterior, pero el funcionamiento social y cultural nacional es materia interna. En las sociedades dependientes, el papel de las acciones políticas ha consistido en apoyar la dominación exterior a través de la creación de las clases medias o clases de apoyo al capitalismo extranjero, con ello se incrementa la desarticulación sociedad-economía. Sólo un Estado fuerte capaz de sobrepasar y derribar el papel del sistema político en una sociedad dependiente, puede superar tal desarticulación y abrir las vías de una

autonomía política. Pero, “una sociedad dependiente tiende a poseer un sistema político hipertrofiado y un Estado atrofiado” (Touraine 1976, 7).

Colombia se ha caracterizado por una fuerte oligarquía que ha propiciado la dependencia y ha hecho del Estado un aparato débil: una visión panorámica de la historia de Colombia demuestra por sí misma que la dominación económica ha existido desde la colonización española, y que bajo tal dominación las capas sociales únicamente han tratado de adaptarse a los vaivenes de la economía extranjera. En este sentido, no son las estructuras sociales las que dinamizan el sistema económico, sino el sistema económico el que dinamiza las estructuras sociales. Si el sistema económico dinamiza la estructura social de un país entonces por un lado, ella se vuelve débil para contrarrestar los efectos locales de los movimientos económicos, los cuales son guiados por los intereses de las economías dominantes; y, por otro lado, toda la estructura cívica -instituciones y leyes- tiende a ser regulada según tales intereses económicos por las clases oligárquicas, quienes defienden sus propios intereses -la conservación y aumento de su herencia- y facilitan las vías políticas para la dominación. Bajo tales circunstancias, las producciones culturales de un país dependiente como Colombia no siguen los mismos lineamientos de desarrollo que las producciones culturales de los países sin dependencia económica; cuestión que resulta visible en el género policíaco, tanto de los países dependientes como de los independientes o de economías estables y dominantes. Así, el género policíaco colombiano podría plantearse como una respuesta inducida por los abusos derivados de una dominación económica apoyada por las oligarquías nacionales, dominación cuyas secuelas sociales son evidentes para la aguda observación de los novelistas nacionales.

A finales del siglo XX, la economía nacional es dependiente. Los vacíos dejados por las importaciones fueron llenados con créditos y préstamos del exterior, aumentó considerablemente la deuda externa y las disposiciones políticas no fomentaron el bienestar de la población. Los conflictos de paramilitarización, guerrilla y lucha contra el narcotráfico han acaparado los dineros de inversión social y económica, han generado diversidad de modalidades de subempleo, han desplazado a la población campesina a

engrosar los cordones de marginalidad, han llevado a la adopción de medidas tributarias para llenar los vacíos fiscales proporcionados por acuerdos de comercio internacional, no han permitido un desarrollo de la industria nacional ni una renovación tecnológica. La reducción de manufacturas, la sobreexplotación de la mina del Cerrejón, sistemas tributarios cada vez más extremistas, las condiciones del FMI, son hechos históricos que han provocado la dependencia económica del país. Al parecer, cada vez llegan al país más multinacionales, cuya lógica está basada en el incremento de ganancias internacionales sin importar qué pasa a nivel local; y las políticas gubernamentales se ajustan a tales exigencias y demandas internacionales.

Es ante ese sinnúmero de hechos que la población colombiana ha debido adaptarse y buscar formas de subsistencia (subempleo) que le permitan acceder a una mejor calidad de vida. Las estructuras sociales han debido acogerse a todas las formas de actividad económica posibles, han tenido que aceptar las imposiciones de los jefes de zona y de turno. La mayoría de los intentos por reclamar reformas han sido respondidos históricamente con violencia. En consecuencia, surgen representaciones mentales para sobrevivir en un país lleno de contradicciones.

IV. Narcotráfico

Otra de las raíces históricas de la novela policíaca en Colombia es el narcotráfico. Este es un referente obvio en el desarrollo social, político y económico en las últimas décadas, de modo que ha influido en las representaciones mentales de los colombianos y, por tanto, en las producciones culturales, en las cuales aparece fuertemente tematizado. Casi cincuenta años de narcotráfico en el país han puesto en evidencia la debilidad del Estado y de sus instituciones, han estimulado el ejercicio de una ética individualista donde muchos se venden al mejor postor y donde la justicia es relativa.

El tráfico de drogas se inicia en Colombia entre las décadas de los sesenta con la exportación de marihuana. Para la década de los setenta, se produce marihuana de mejor calidad al sur de Estados Unidos, a la vez que aumenta la demanda por la cocaína. Ante esta situación, la exportación de coca desplaza la mayoría de las exportaciones de marihuana; además se implementa la exportación de otras drogas como la heroína. A finales del siglo XX, el tráfico de drogas ha explorado el mercado internacional con nuevos productos y nuevas estrategias de comercialización, mientras en el país empiezan a verse claramente los efectos nefastos de esta industria.

La persecución al narcotráfico ha desencadenado un fuerte sistema de violencia y criminalidad para protegerlo. Asimismo, el narcotráfico ha generado fuertes lesiones a la nación, las cuales empezaron a verse en la década de los 90, momento en cual el narcotráfico pasa a ser tema político con algunos hechos relevantes: el asesinato de Luis Carlos Galán, candidato presidencial, y Rodrigo Lara Bonilla, ministro de justicia, la extradición de narcotraficantes a las cárceles de Estados Unidos, la evidencia de dineros del narcotráfico en campañas políticas como la de Ernesto Samper, ex presidente 1994-1998, entre otros hechos que muestran de cara abierta al país el fortalecimiento de los grupos armados, la debilidad del Estado para enfrentarlos y la conversión de los partidos políticos en mecanismos clientelistas y electoreros más que ideológicos.

De otro lado, se ha invertido una suma considerable de dinero y esfuerzos en la lucha contra las drogas, mientras otros aspectos se han descuidado o reciben inversiones mínimas. Asimismo, se amenaza fuertemente la biodiversidad y el ecosistema del país con el uso de sustancias erradicadoras de cultivos. También, se aceleró la descomposición social, pues se han tolerado las conductas criminales y hasta han llegado a verse como ideales o metas de vida; se impulsa la búsqueda del dinero fácil, especialmente en los sectores donde la desigualdad social ha negado el acceso a condiciones de vida digna: alimentación, salud, vivienda, educación y pensión.

La comercialización de drogas es una actividad ilegal, por esta razón se consolida como un mercado liberalizado de regulaciones económicas legales tanto nacionales como internacionales: sin impuestos de producción,

manufactura, exportación o consumo. Pero el gozo de esta liberalización depende de una serie de estrategias delictivas que aseguran y prolongan el negocio de la droga: testaferrato, secuestros, sobornos, asesinatos, atentados en centros urbanos. Crimen, corrupción, impunidad, son los motores de acción del narcotráfico, pues la persecución lleva a los narcotraficantes a la creación de nuevas y mejores estrategias delictivas para producción o compra de base de coca, procesamiento, envío y lavado de activos.

Los colombianos han visto que los narcotraficantes incluyen en sus nóminas diversidad de agentes: funcionarios políticos, guerrillas, paramilitares, funcionarios de las fuerzas armadas nacionales, jueces, entre otros. A través de estos pagos, se facilitan diferentes tipos de gestiones que normalmente la ley sanciona. Fueron de conocimiento público las breves sentencias aplicadas a los líderes de los carteles, la supuesta condena que pagaba Pablo Escobar en la 'cárcel' La Catedral, diseñada por él mismo y en la cual las autoridades debían permanecer a veinte kilómetros de distancia, la prolongación de las actividades de narcotráfico de los hermanos Orejuela mientras estaban en prisión. Los narcotraficantes han llenado los vacíos sociales en los sectores más deprimidos económicamente de la sociedad nacional, aunque eso ha tenido precios bastante elevados para esas poblaciones, pues quedan expuestas a los altibajos de la comercialización de drogas; en consecuencia, la estructura laboral del narcotráfico no es estable y varía dependiendo de la seguridad del negocio en las zonas, del éxito en el envío y del lavado de los dineros. En los sectores marginados, los narcotraficantes han jugado un rol patriarcal al satisfacer las necesidades de consumo a cambio de favores especiales como lealtad, seguridad, ejecución de atentados, homicidios, secuestros, etc. En otras palabras, ejercen una inversión social interesada. Este fenómeno se ha visto tanto en las zonas urbanas como en las zonas rurales. Por ejemplo, Envigado llegó a ser conocido como el 'Mónaco Colombiano' con servicios básicos grantizados para toda la población (Krauthausen 1991). Por otra parte, en las zonas urbanas han surgido 'agencias' de sicarios. El fenómeno es claro al considerar las décadas de los 80 y 90 en las comunas de Medellín.

En las zonas rurales, los campesinos han sido marginados por el sistema económico del país. La producción agrícola genera más gastos que ganancias, no tiene mayores posibilidades de comercialización y carece de subsidios; por eso, para los campesinos resulta más rentable la siembra de cultivos ilícitos. El campesino también está expuesto a la violencia –recurso para apropiación de tierras- generada por el narcotráfico. Las zonas rurales se encuentran dominadas por grupos armados que ejercen presión sobre los campesinos para que cultiven y procesen las plantas alucinógenas, a cambio de la implantación de un ‘orden social’ similar a una dictadura que desconoce las leyes nacionales y que garantiza la ‘seguridad’ de la zona. Estos grupos armados son paramilitares o frentes guerrilleros (Thoumin 2002).

La alianza entre paramilitares o guerrilleros y narcotráfico, asegura el sostenimiento y fortalecimiento de los primeros y permite, además, que adquieran toda una infraestructura militar como personas, equipos, entrenamientos de nivel internacional, armas, etc., si no superior a la de las fuerzas armadas nacionales, por lo menos similar.

El mercado de las drogas tiene su dinámica en áreas urbanas y rurales, crea redes que a larga dan firmeza y solidez a una especie de ‘subestado’; independiente de las normas de conducta aprobadas por la ley y capaz de generar toda una estructura con reglas económicas, sociales y penales que involucran un sinnúmero de personas de todas las clases. La acumulación del capital para el sostenimiento de ese ‘subestado’ es rápida: la siembra toma alrededor de cuatro meses, la manufactura, envío y venta puede durar un par de semanas; por tanto, las cuantiosas ganancias de un envío no superan los seis meses. Un kilo de cocaína cuesta 1.000 dólares al momento de salir y en el exterior se vende a 25.000 dólares; la incautación de un envío puede generarles pérdidas de 30.000 millones de dólares a los narcotraficantes. Este proceso de enriquecimiento rápido resulta más seductor y menos elitista que otras actividades económicas lícitas; además, proporciona un ingreso de divisas y manejo de capital muy equivalente o superior al de las grandes actividades económicas legales (Thoumin 2002, 231).

Lo anterior permite afirmar que el narcotráfico ha propiciado el surgimiento de una burguesía ilegal, muy poderosa y eficaz para sostener una estructura social basada en la ilegalidad y capaz de desestabilizar la normatividad oligarca que gobierna el país y de interactuar con habilidad entre los grupos que se reparten el poder. En general, los primeros narcotraficantes pertenecientes a las capas bajas de la sociedad, notaron con rapidez la imposibilidad de obtener fortuna por medios legales, vieron que el ascenso social no era imposible si no se contaba con una gran fortuna, la cual permitía no solo influir en decisiones políticas y judiciales, sino también en la satisfacción de excentricidades y el lujo de la sobreabundancia. Sus orígenes les permitieron atraer la atención y llegar con facilidad a las clases bajas, para quienes se convirtieron en héroes y sus estilos de vida en ideales. Igualmente se han extendido los valores de esa burguesía ilegal, pues el respeto por la vida no es una condición natural, la violencia es funcional, el desprecio a la ley es una solución pragmática. Tal sistema axiológico se refleja en la producción cultural, especialmente en la producción literaria de los últimos años.

La realidad nacional no pasa desapercibida ante la mirada crítica de los novelistas de las últimas décadas, quienes han tematizado en diversos grados. Actualmente, la literatura colombiana experimenta la emergencia de una 'nueva novela policíaca'. A nivel compositivo, los programas narrativos de estas obras literarias presentan hechos de violencia asumidos con naturalidad y pasividad; los personajes son totalmente impotentes, sólo contemplan el mundo y así lo dejan, ni siquiera el amor los salva; los modos de narrar también han incorporado la sobreabundancia de registros: todo tipo de mezclas es posible, un registro culto se mezcla con facilidad con un registro de habla de las clases bajas. No obstante, el estudio de tales rasgos compositivos requiere de la explicación de los antecedentes o causas socio-históricas que hacen posible la configuración de la 'nueva novela policíaca' en Colombia. Esta surge en una sociedad fatalista dentro de una realidad desgastada por la violencia, el crimen y la impunidad. El fatalismo es una visión de mundo premoderna que ha sido sustentada histórica e ideológicamente por la Iglesia Católica y que, además de ser la toma de

posición de algunas novelas, ha sido el recurso que le ha permitido a la población colombiana adaptarse a la continuidad de episodios criminales. De la misma manera, factores como el narcotráfico, el expediente tan amplio que tiene Colombia en materia de violencia y su situación de economía dependiente han incrementado el descrédito en el estado moderno ideal y han perfilado no sólo los temas, sino también las tomas de posición del nuevo género.

Abstract

La novela policíaca tradicional sostiene una relación positiva con la modernidad puesto que su interés ideológico es el sostenimiento de los valores modernos. La 'nueva novela policíaca' surge en contextos que cuestionan los valores y las instituciones modernas porque no han presentado las condiciones sociohistóricas que los legitiman. Tal es el caso de la 'nueva novela policíaca' colombiana.

Colombia no es un país que proporcione las condiciones para el surgimiento de una novela policíaca tradicional: es una nación de economía dependiente donde no ha sido posible que el poder político adquiriera la estabilidad democrático-capitalista de los países industrializados; además, ha presentado episodios significativos de violencia y narcotráfico que causan la multipolaridad del poder y la debilidad del Estado para garantizar un orden autoregulatorio del crimen. Igualmente, debido a la intervención ideológica de la iglesia católica, el fatalismo existe como una visión de mundo ampliamente expandida y como recurso de adaptación y explicación de la realidad en momentos de crisis.

La relación entre la novela policíaca colombiana y el fatalismo, consiste en que la novela policíaca colombiana toma esa realidad caótica, producto parcial del fatalismo, la tematiza y, en algunos casos, presenta una toma de posición también fatalista; así, el fatalismo queda doblemente afirmado – como visión de mundo y como toma de posición en producciones culturales- y cerrada toda posibilidad emancipatoria.

Key Words: novela policiaca, novela colombiana, fatalismo, violencia / 탐정소설,
콜롬비아 소설, 숙명론, 폭력

논문투고일자: 2007. 07. 13

심사완료일자: 2007. 11. 07

게재확정일자: 2007. 11. 11

Bibliografía

- Arboleda Mora, Carlos(2006), *Aspectos históricos del pluralismo religioso en Colombia*, URL:http://www.naya.org.ar/congreso2000/ponencias/Carlos_Arboleda_Mora.htm., 17 de diciembre de 2006.
- Baró, Ignacio Martín(1990), “Del opio religioso a la fe libertadora”, en *Buscando a América Latina, Identidad y participación psicosocial*, Venezuela: Nueva Sociedad.
- _____ (1999), *Sistema, grupo y poder, Psicología Social desde Centro América*, San Salvador: UCA Editores, .
- _____ (2003), *Poder, Ideología y violencia*, Madrid: 2003.
- Beltrán, William Mauricio(2004), *Fragmentación y recomposición del campo religioso en Bogotá, un acercamiento a la descripción del campo religioso en la ciudad* (trabajo de grado), Bogotá, Trabajo de grado (sociólogo), Universidad Nacional, Facultad de Humanidades.
- Borja, Miguel y María Angélica Nieto(2005), *El gobierno en Colombia: Territorio y cultura*, Bogotá: Escuela Superior de Administración Pública, Subdirección Académica, Facultad de Investigaciones.
- Castaño, Gabriel Murillo(1990), “Narcotráfico y política en la década de los 80. Entre la represión y el diálogo”, en *Narcotráfico en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Chaparro Valderrama, Hugo(1992), *El capítulo de Ferneli*, Bogotá: Arango Editores.
- Collazos, Óscar(1997), *Morir con papá*, Bogotá: Seix Barral.
- _____ (2005), *La modelo asesinada*, Bogotá: Planeta Colombiana, Colección Booket.
- Colmeiro, José F.(1994), *La novela policíaca española: teoría e historia crítica*, Barcelona: Anthropos.
- Cruz Konfly, Fernando(1998), *La tierra que atardece ensayo sobre la modernidad y la contemporaneidad*, Bogotá: Planeta.
- Devia, Flor Ángela(2002), *Donde se esconde la droga* (Documental), Madrid, 2002.
- Espinosa, Germán(1992), *Los ojos del basilisco*, Bogotá: Altamir.

- Gamboa, Santiago(2005), *Perder es cuestión de método*, 2 ed., Bogotá: Planeta Colombiana.
- García, Camilo(2006), “Lo sagrado y la violencia, raíces de la violencia actual en Colombia”, *Número*, URL: www.revistanumero.com/38sagra.htm, 17 de diciembre.
- Kalmanovitz, Salomón(1985), *Economía y nación una breve historia de Colombia*, Bogotá: Siglo XXI.
- Krathausen, Ciro y Luis Fernando Sarmiento(1991), *Cocaína & Co*, Bogotá: Tercer Mundo Editores y Universidad Nacional Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Medina Gallego, Carlos(1990), *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*, Bogotá: Documentos Periodísticos.
- Melo, Jorge Orlando(1995), *Colombia hoy: Perspectivas hacia el siglo XX*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Mendoza, Mario(2002), *Satanás*, 2 ed., Barcelona: Seix Barral.
- Pitch, Tamar(1980), *Teoría de la desviación social*(Silvina Tabachnik trans.), México D.F.:Nueva Imagen.
- Poppel, Hubert(2002), *La novela policiaca en Colombia*, Medellín: Universidad de Antioquia.
- Resina, Joan Ramón(1997), *El cadáver en la cocina. La novela criminal en la cultura del desencanto*, Barcelona: Anthropos.
- Sáinz de Robles, Federico Carlos(1972), *Ensayo de un diccionario de la literatura*, Madrid: Aguilar.
- Shaw, Donald(1998), *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, Madrid: Cátedra.
- Thoumin, Francisco(2002), *El imperio de la droga, Narcotráfico, economía y sociedad en los Andes*, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales y Editorial Planeta.
- Touraine, Alain(1976), *Las sociedades dependientes* (Tununa Mercado trans.), 1 ed. Frances 1976, México D.F.: Siglo XXI.
- Tresha, Mabile(1995), *Pablo Escobar el terror de Colombia* (Documental).
- Uprimny, Rodrigo(1997), “Administración de justicia, sistema político y democracia: algunas reflexiones sobre el caso colombiano”,

- Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia (IEPRI).
- Vallejo, Fernando(2003), *La virgen de los sicarios*, Madrid: Punto de Lectura.
- Acto legislativo No. 1 reformatorio de la Constitución*(1936), Bogotá: Imprenta Nacional.
- Primera División - Ejército Nacional de Colombia (2006), *Código de Honor del Ejército Nacional de Colombia*,
URL:<http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=90885&PHPSESSID=53c004195f7e34a9936499e18b4c85f1>, 17 de diciembre.
- Departamento de Estado de EE.UU. Oficina de Democracia, Derechos Humanos y Trabajo(2006), *Informe anual sobre la libertad religiosa internacional, 2003*, URL:<http://bogota.usembassy.gov/wwwsrf03.shtml>, 23 de diciembre.
- Instituto Colombiano de Cultura(1984), *Manual de Historia de Colombia*, Bogota: Procultura.
- Universidad de Los Andes(1990), *Narcotráfico en Colombia*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Universidad Nacional de Colombia, Comisión de Estudios sobre la Violencia (1987), *Colombia: violencia y democracia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.